

EL SENTIDO DE HUMOR Y ADQUISICION DE AUTOCONCIENCIA EN NIEBLA

En *El Unamuno contemplativo* (Méjico, 1959), Carlos Blanco Aguina-ga ha demostrado cuán desorientador resulta enfocar la atención hacia las cualidades "agónicas" en la novelística de Miguel de Unamuno cuando ésta contiene, en grado igual, cualidades de serenidad "contemplativa". En la mayoría de las obras de Unamuno hay, además, una fuerte dosis de humor. Tal, que hacen plantear la cuestión de si no se debiera hablar también de un Unamuno humorista. La atención prestada hasta hoy a este humor, se ha visto grandemente restringida a sugerir que las novelas de Unamuno poseen momentos de sátira descarnada o exhiben aspectos cómicos sólo para mostrar que el humorista en realidad es un hombre apartado y ajeno a la problemática del auténtico vivir. Tales aseveraciones, aun cuando parcialmente verdaderas, no se detienen a considerar la posibilidad de que en el humor de una novela de Unamuno pueda encontrarse la clave que nos lleve al descubrimiento de la visión unificadora de la vida que tanto comentario, crítico y filosófico, ha venido negando a Miguel de Unamuno.

*Niebla*¹ nos parece la novela a propósito para iniciar tal investigación ya que contiene grandes dosis de humor, que con frecuencia causan perplejidad al lector. *Niebla*, además de ser la novela más popular de Unamuno, es indudablemente la más humorística. El lector se ve conducido a este tono desde la página inicial del "Prólogo", cuando el ficticio prologo-guista, Víctor Goti, afirma que los deseos de Unamuno para este prólogo son sus mandatos, en la extensión total de la palabra. Más aún: el humor es discutido teóricamente tanto en el prólogo como en el cuerpo de la novela. El prologo-guista alerta al lector con respecto a la plurisignificación de la palabra ya que tal sentido del humor tradicionalmente ha sido el favorecido del público español. De la serie de *novela, navilo, nebulo*, y *nivola* hasta la parodia a la prueba de la existencia preconizada por Descartes, el lector no se ve decepcionado en tanto percibe los malabarismos que el narrador hace con la realidad hasta extraerle cánones significativos. Además, el lector se ve alertado a que atestiguará un cierto tipo de humor grotesco, síntesis de la combinación de eventos trágicos y cómicos. Tal humor, se le asegura, le curará del autoengaño tanto como de la có-

¹ *Niebla*, décima edición (Madrid 1963), pág. 21. Toda referencia pertenece a la dicha edición.

moda satisfacción, hasta moverlo hacia la penosa conciencia de lo que realmente significa ser hombre. Punto en el que tampoco es decepcionado. A través de la novela el narrador muestra al lector las humorísticas apariencias para enseguida revelarle las sobrias realidades que le hacen constatar la provisional y con frecuencia errónea naturaleza de cada conceptualización que de la vida acostumbramos hacer. Un efecto afín se produce al cambiar nuestras ideas acerca del papel desempeñado por Eugenia y Mauricio, Augusto y Rosario, Augusto y Eugenia y Paparrigópulos y Augusto. En las tres primeras parejas resulta humorístico el reconocer que el perseguidor es realmente el perseguido, y en el último par se nota con risa que el confesor es el confesante. Sin embargo, hay en cada caso un innegable elemento de tragedia, que las realidades son vistas invariablemente como el opuesto de las apariencias que el hombre percibe y que poco es lo que éste puede hacer para percibir correctamente las cosas. En el "Prólogo" el lector se ve advertido de que debe prepararse a ver sus valores, Dios, Razón, Ciencia y Verdad, burlados y ridiculizados como venganza por su conspiración que niega al hombre la satisfacción de su voluntad de vivir, y encuentra estas blasfemias el lector hasta la misma página final de la "Oración fúnebre".

Mas *Niebla* va más allá de la teleología de humor sugerida en el "Prólogo". En la novela encontramos que Augusto, su protagonista, incapaz de actuar sin las ridículamente elaboradas bases racionales, convierte con frecuencia la especulación racional de medio en fin. Sólo con el despertar ocasionado por el sufrimiento que le causa Eugenia vendrá con irregularidad a exhibir la espontaneidad de un hombre normal. Como algunos otros personajes unamunescos (siendo el más notable de éstos Hildebrando F. Menagutti de *Amor y pedagogía*) Augusto se suscribe a la doctrina del *Arte por el Arte* hasta el extremo del ridículo y la inoperancia. Paparrigópulos, que niega la relevancia del arte a quien no es erudito, en nombre del arte lo rodeará aun de más inocuas restricciones. Los principios estéticos de ambos inocentemente revelan el pánico a toda interacción social, problema exhibido además por don Fermín, que limita su anarquismo a la contemplación de sus aspectos teóricos. Al ser Augusto extraído del anonimato de la masa y colocado en una situación en que debe interactuar y ser notado, se desempeña con torpeza y en un inquirir de intimidades y salidas de mal gusto. Su comportamiento revela su falta de adaptación a nuestras normas sociales y su consecuente incomodidad en un mundo agresivo que da por conocidas tales normas. Augusto es el epítome de la inocencia. Similar impresión es la formada por las cómicas imágenes románticas con que concibe a Eugenia, cuyas características son la franqueza y la independencia, lo que señala, por contraste, lo distraído de Augusto aun ante lo más obvio de una situación dada. Goza con frecuencia cierto placer masoquista al permanecer niño en un mundo de

adultos, y el lector, en tanto lamenta sus tontas acciones, tiende, sin embargo, al regocijo, al ver su propia inclinación de escapar de los descontentos de la sociedad contenidos en la actitud infantil de Augusto al observar a éste en cientos de actos de extremada meticulosidad (tales como su preocupación acerca del problema de concordancia gramatical respecto al nombre de Eugenia (pág. 29), su extender periódicos antes de sentarse en las bancas del parque (pág. 29), su reacción ante el olvido de dejar su tarjeta de visita (pág. 33), etcétera). Son éstas acciones que revelan el estancamiento de Augusto en una rutina tanto como su proceso mental superracional y anti-instintivo; en una palabra: la coraza con que se defiende del mundo caótico de la circunstancia total.

Las teorías psicológicas de Augusto con respecto a Eugenia prueban ser, invariablemente, falsas. Ellas provocan un adicional sentido del humor al compulsivamente ser probadas aun después de haber resultado ineficaces. Este océano entre práctica y teoría se ve cómicamente reforzado por las discrepancias entre las nociones de don Fermín acerca del auto-sacrificio y el egoísmo instintivo de su comportamiento; discrepancia que ilumina el auto-engaño de Augusto al alegar razones puramente altruistas a su acto de adquirir la hipoteca que Eugenia adeuda.

Cada auto-engaño de Augusto refuerza nuestra idea de la comicidad de su inconciencia que resulta además señalada cuando el narrador alaba a éste y a Paparrigópulos sólo para sugerir que sus palabras deben de ser tomadas en su sentido irónico. Instancias que invariablemente conllevan burla de frío estudio analítico seguido en su inmediatez de experiencias reales que demuestran la inutilidad de todo detalle tan laboriosamente coleccionado. Sin embargo, tras estas inútiles actividades se encuentra la validez de cuestiones universales acerca de la inmortalidad que resultan trágicas por la incomprendibilidad burlona con que la sociedad, por estar orientada hacia la distracción e indiferencia, las enfoca. Nuestra habilidad de percepción ante tal situación (percepción simultánea de público y cómico), nos permite experimentar el valor tragicómico de la vida en que el divertimento de un hombre es, invariablemente, el dolor de otro.

El efecto total de este abundante sentimiento humorístico en *Niebla* es el de señalar el abyecto castigo a los esfuerzos racionales del hombre por encontrar significación a su vida, esfuerzos e intentos que son invariablemente cómicos dada la absurda discrepancia existente entre la medida o magnitud de la empresa y la debilidad o anemia de los recursos del hombre. Sin embargo, cuando está enfocada desde el punto de vista del individuo en desesperada y angustiada búsqueda de significado, la comicidad de los esfuerzos resulta poseedora de significancia trágica. Al principiar la lectura de *Niebla*, respondemos inicialmente a estas situaciones con la misma sonrisa de cómoda superioridad exhibida por el resto

de la sociedad que en la obra se mueve. La sonrisa, la risa, deviene angustia cuando nos vemos conducidos al reconocimiento de nuestro propio reflejo en el aislamiento de Augusto. Habiendo identificado nuestro propio anhelo en el del protagonista, llegamos de su mano a una tercera y final etapa de nuestra compartida experiencia humana: la existencia no es ni cómica ni trágica pero sí es absurda. Y una existencia absurda es, nos damos cuenta, una que admite posibilidades infinitas, incluso el alcanzar los deseos que la razón nos niega.

Sólo es necesario entrarnos a la primera página del Capítulo I para observar la efectiva presencia de estos usos del humor. Augusto Pérez aparece a la puerta de su casa, extiende el brazo derecho, palma hacia arriba y mira al cielo, estatuesca su actitud. El narrador pausa para aclarar: "No era que tomaba posesión del mundo exterior, sino que observaba si llovía" (pág. 27). Advertimos aquí una explicación que es, en simultaneidad, humorística y seria, la misma condición que Unamuno advertía y admiraba en Cervantes ("Prólogo", pág. 11). Después de la enigmática observación, sostenida por minutos, de la postura de Augusto, se nos da no una interpretación simbólica de la misma sino la desnuda elementalidad del hecho: la pomposa figura tratando de percatarse de si llueve. Sin embargo, en la aseveración "no era que tomaba posesión del mundo exterior" hay una extremada y grave consideración de Augusto quien no está ni interactuando con el mundo ni dejando la más leve huella en él, o causando en él alguna impresión. Que él es, está, como Blanco Aguinaga lo apunta, "*dis-traído*": estatuario quizás, sólido bajo la lluvia, mas no del todo allí³.

Al darse cuenta de que efectivamente llueve, Augusto frunce el entrecejo y masculla: "Y no era tampoco que le molestase la llovizna, sino tener que abrir el paraguas. ¡Estaba tan elegante, tan esbelto, plegado y dentro de su funda! Un paraguas cerrado es tan elegante como es feo un paraguas abierto" (pág. 27). Tan ridículo y totalmente anti-utilitario concepto de belleza refuerza la noción de despego de Augusto para con la vida. A pesar de sus inclinaciones estéticas, la prevalecte inclemencia del tiempo lo obliga a abrir el paraguas. La decisión le ha resultado relativamente fácil, por haberle sido impuesta por las circunstancias. Mas ahora ha de decidir el camino a seguir, una vez abandonada la casa, y la multiplicidad de posibilidades le desconcierta hasta que finalmente resuelve seguir al primer perro que pase. Mas, cuando una atractiva joven es la que aparece, a ella le sigue, ignorando por completo la diferencia. En tanto camina en sueos vagamente nota la presencia de otras personas en la calle, pareciéndole una de ellas vagabundo, y Augusto, que no trabaja,

³ CARLOS BLANCO AGUINAGA: "Unamuno's *Niebla*: Existence and the Game of Fiction", *Modern Language Notes*, LXXXIX (1964), pág. 188. Toda referencia designada a Blanco Aguinaga, "*Existencia*" anotada en el texto.

lo mira con irónico desdén. Sus *asociaciones libres* le llevan a verse casi como reflejo de un segundo viandante que sufre una atrofia física; reconocimiento que prueba ser hiriente en demasía: "Es un vago, un vago como... ¡No, yo no soy un vago! Mi imaginación no descansa. Los vagos son ellos... ¡Perdone, hermano! —eso se lo dijo en voz alta—. ¿Hermano? ¿Hermano en qué? ¡En parálisis!" (pág. 28).

El autoreconocimiento se acentúa en la alternación de líneas y en el enfoque y desenfoque de los sucesos. Cada persona vista le enoja, que cada una desempeña, impensadamente, alguna actividad puramente habitual. Mas cuando su predisposición analítica le lleva a preguntarse el porqué esta gente le inspira tan extremado desprecio, llega a comprender que su repugnancia se afina en una compartida similaridad: cada uno va por la vida en una niebla, inconsciente de sí mismo y de su circunstancia social.

En vista de que tal clase de juicio es amenaza a la aparente seguridad de su inocencia, la rechaza de inmediato sólo para verse encarado a otro hecho. Interesándose en la joven a quien ha seguido, decide descubrir su nombre valiéndose de la portera del edificio en que ella vive, mas vacila al constatar que tan sólo cuenta con un duro que tendría que ser empleado como propina. Su vacilación de ofrecer cinco pesetas resulta cómica pues Augusto es hombre rico y acomodado. Lo pequeño de la cantidad demuestra, además, cómo causas inconsecuentes pueden paralizar su habilidad de actuación. Cuando el momentáneo escrúpulo es sobrepasado, logra obtener la buscada información: Doña Eugenia Domingo del Arco, es el nombre de la dama. El hecho de que el nombre, Eugenia, no concuerde en género con la primera parte del apellido le resulta altamente desconcertante, ya que recientemente se ha dicho a sí mismo: "¡Odio lo imperfecto!" (pág. 28). Consecuentemente disputa la composición del nombre con la portera como si ésta pudiese encargarse de su corrección.

La forma en que Augusto conduce el humorístico interrogatorio traiciona su alejamiento del mundo del coqueteo y la conquista. En vez de abordar a Eugenia, interroga a la portera en voz baja y con misteriosa entonación como si fuera cuestión de intriga internacional. Siendo la portera locuaz y comunicativa, testigo de diversas escapadas de Eugenia, la insistencia de Augusto en mantener tono y timbre produce una escena cómica. Una vez analizada la situación se adhiere, mecánicamente, y a pesar de incidentes desaprobadores, a tal análisis. Nunca extrae las manos de los bolsillos, postura reiterada por el narrador. Al sentir haber logrado una victoria intelectual con respecto al nombre de Eugenia, su actitud es casi beligerante, para recaer, con la misma rapidez y facilidad, en la pasividad. Aun cuando no puede recordar nada de la apariencia física de la joven, a quien además no ha conocido, se verá en un preocupado escogimiento de nombres de los futuros descendientes: "¡Veamos!

Eugenia Domingo, sí, Domingo, del Arco. ¿Domingo? No me acostumbro a eso de que se llame Domingo... No; he de hacerle cambiar el apellido y que se llame Dominga. Pero, y nuestros hijos varones, ¿habrán de llevar por segundo apellido el de Dominga?" (pág. 30). Sentado en la banca de un parque para rumiarse estos asuntos, descubre que la niebla ha humedecido el asiento, por lo que quisquillosamente sobre él extiende su periódico.

Todo incidente presentado, a primera vista en desorden y sin sentido, produce una altamente selectiva e implícita afirmación sobre la presente condición de Augusto que es hombre maduro, esclavo del hábito, y pobre soñador de quimeras e imposibles, cuya vista ha llegado a un cuasi estancamiento y quien, aun cuando afectando una cierta actitud de condescendencia, agudamente sufre cuando al compararse con otras gentes menos inhibidas se descubre con escaso atractivo social.

Augusto decide enviar a Eugenia una carta de introducción, mas al hundir su cabeza entre las manos para conjurar la imagen de la mujer, cae en un sueño del que no ha de despertar hasta ser llamado al almuerzo por la sirvienta. En forma patética el narrador nos informa de la muerte de la anciana madre de Augusto, acaecida meses antes. Es contra este contexto que nos debemos situar al observar las acciones subsiguientes de Augusto, quien contempla la niebla afuera e imagina los ojos de Eugenia en su término, mientras inhala en análoga actitud el humo del cigarrillo como el niño que sin pensarlo extrajera del seno materno, con satisfacción sensualidad, leche y vida para a seguido exhalar densas volutas que suben a integrarse a la niebla³.

Augusto se encuentra a un tiempo atrapado en un mundo de inconciencia y en busca de una nueva madre que cree, en esa inconciencia, un lugar cómodo para él, mientras, significativamente, las llamadas de esta vida —la alimentación, por ejemplo— tienen la capacidad de arrancar a Augusto por un instante de su estupor.

Fielmente Augusto se reúne con Víctor Goti en su diaria partida de ajedrez donde su habitual distracción le lleva a cometer costosos e inocentes errores tácticos. Al perder por descuido el primer alfil del día, Víctor le recuerda: "¡Pieza tocada, pieza juzgada!" (pág. 35). Esto, afirma confididamente, es "lo educativo de este juego" (Ibidem), convicción que por intrascendental resulta humorística; que la partida, además parece carecer de toda posible significación educativa en vista de que el mismo Unamuno considera al ajedrez como necia actividad que disipa

³ Para una detallada discusión de la imagería acuática como recurso estilístico para evocar tanto el vientre materno, *sentimiento oceánico*, y el inconciente, véase BLANCO AGUINAGA: *El Unamuno contemplativo*.

la energía del jugador, y contrario a la opinión popular, no alerta la mente para otra cosa que no sea el ajedrez mismo⁴.

Consecuentemente identificamos a Víctor como hombre que asimila el punto de vista popular sin ejercer en él posterior juicio. Su satisfacción con tan prosaica interpretación del destino humano hace a Augusto aparecer menos necio, que Víctor, también, se ve atrapado por sus hábitos cotidianos. Augusto se apresura a defender su distracción razonando apologeticamente que la vida es un juego, y los juegos distracciones.

Abandonado el Casino su estado de distracción es tal que se cruza, sin percatarse, con Eugenia; en esta ocasión revelando además la morosidad de su sentido de adaptación en el fraseo de su "mono-diálogo" en términos de movimientos de ajedrez, que le hacen reconocer su pereza, hastío e inconciencia; que sin embargo, recibe de buen grado por su inherente habilidad de elongar y matar el tiempo, que para él es kaleidoscopio controlado por el azar.

Si la oportunidad caótica representa el supremo arte, Augusto puede percibir mejor su belleza en un estado hípnico (pág. 40). Siendo caos y amor, en especial los aspectos rítmicos del acto amoroso, la clave de la armonía, natural resulta el que Augusto se sienta agradecido de estar enamorado. Sin embargo, el amor le torna extrañamente consciente de sus apetitos físicos por lo que encuentra necesario desayunar a temprana hora (pág. 41). El amor, sirviendo como catalizador de la conciencia del hombre, hecho que por el momento, Augusto ignora.

No es conciencia sino azar lo que permite a Augusto adelantar el primer paso en su relación con Eugenia. En su hábito de rondar la casa en que vive, sin atreverse a llamar, un buen día una mujer entrada en años deja caer, desde el balcón, un canario enjaulado que es regresado por Augusto en un movimiento "a lo Calixto" que le gana una invitación a visitar la morada. Solo en la sala por unos momentos, conoce a un extraordinario personaje, don Fermín, que resulta ser el tío de Eugenia.

El anciano caballero no sólo lleva la testa tocada con un fez y se asoma al mundo con espejuelos ahumados, sino que además se dirige a Augusto en extraño lenguaje que resulta imposible de ser transcrito: "(Aquí una frase en esperanto que quiere decir: ¿Y usted no cree conmigo que la paz universal llegará pronto merced al esperanto?)" (página 46). No sabiendo esperanto Augusto, la salida inicial de don Fermín puede parecerle perteneciente a cualquier idioma exótico, bereber, turco, o persa, en especial por el fez y los lentes oscuros que sugieren el garbo de países en que estas lenguas son las corrientes. Los primeros vocablos enunciados recuerdan vagamente, además, la bizarra retórica del eunuco

⁴ Véase el ensayo altamente humorístico de Unamuno "Sobre el ajedrez". *Ensayos*, ed. Bernardo G. de Candamo, edición séptima (Madrid 1967), II págs. 1175-1185.

oriental. Sin embargo, ni Augusto, ni nosotros, lectores, podemos tomar esta ilusión con seriedad en vista de que el anciano es un español sentado en el medio de un edificio de apartamentos a su vez anclado en la lluviosa región del norte de España.

Nuestro personaje principia por explicar el haber descubierto las "enigmáticas leyes" que gobiernan la vida, como a explicar, además, el poseer "ideas particulares sobre casi todas las cosas..." (pág. 46). Su esposa dejando en claro no apoyar ni la anarquía ni el uso del esperanto como lengua universal, en la práctica, aunque sí en la teoría (pág. 47). Concuerta, sin embargo, en la conveniencia de una o dos lenguas universales: castellano en la comunicación con iguales, "Babel" para dirigirse a sirvientes, en vista de éstos no ser seres racionales.

A esta altura el narrador se interrumpe para informarnos el hecho de que la tía de Eugenia, al igual que su sirvienta, provienen de Asturias y de que el ama regaña a la asalariada en Babel. El efecto de la interrupción es contraria a la previa aseveración de la dama que implicaba obtusidad universal de parte de la servidumbre. Su dialecto regional resulta totalmente incomprensible, dando al lector la impresión de ella ser la ilógica.

El sentido del humor brotado de la situación reside en el hecho de que la tía de Eugenia demuestra completa falta de atención a la estructura de su expresión en tanto se queja de la inobservancia a la lógica en la contraparte de su diálogo. A este punto principiamos a experimentar una alteración más en nuestra opinión respecto a Augusto y directamente ocasionada por la apariencia y actuación de don Fermín y esposa. Su vulgaridad e ignorancia, de naturaleza degradante, tienden por contraste, a reintegrar a Augusto a un sano nivel de normalidad; y aun cuando risible parece acercarse más a la idea que de un Hombre tenemos.

Partido Augusto, Eugenia entra en escena. Esta y su tía discuten la supuestamente fortuita visita de Augusto Pérez. Al señalar la tía la riqueza de éste, la sobrina acentúa la idea que de su venta implicara la tía⁵. En sus intentos de refutar y vencer la resistencia de su sobrina de conocer a Augusto, don Fermín apela a Dios y a la Providencia, términos que escandalizan a su consorte quien le conoce como persona poco afecta a expresar ideas religiosas. Don Fermín explica cómo "Dios no manda como mandan los hombres. Dios es también anarquista. Dios no manda sino...", para verse interrumpido por la esposa que cuestiona si Dios obedece en vez de mandar, que merece la respuesta "—Tú lo has dicho, mujer..." (pág. 49), reiteración de la respuesta de Cristo a la pregunta del supremo

⁵ El pariente que busca posición social a través del matrimonio de la hija con un hombre de recursos es, aparentemente, tema frecuentemente ridiculizado por Unamuno. Véanse, además, los caracteres de Don Epifanio y su esposa en *Amor y pedagogía*, Doña Tomasa en *Un pobre hombre rico*, Don Victoriano y Doña Ana-cleta en *Nada menos que todo un hombre*.

sacerdote Caifás “Te conjuro por Dios vivo; di si eres tú el Mesías, el Hijo de Dios”, quien recibiera un “Tú lo has dicho” (Mateo 26, 63-64). La alusión resulta muy apropiada, ya que Fermín, como Cristo, en su pretensión de divinidad toca el filo de la blasfemia al afirmar la gran dependencia de éste en el hombre, hecho que pasa en su mayor parte desapercibido al hombre.

Esta es la primera vez que encontramos en la novela tan importante cuestión y, en el caso dado que pudiese haber sido ignorada, la reiteración inmediata en el “mono-diálogo” entre Augusto y su perro Orfeo nos obliga a concederle su verdadera importancia: “¿De dónde ha brotado Eugenia? ¿Es ella una creación mía o soy creación suya yo? ¿O somos los dos creaciones mutuas, ella de mí, yo de ella? ¿No es acaso toda creación de cada cosa y cada cosa creación de todo? Y ¿qué es creación?, ¿qué eres tú, Orfeo?, ¿qué soy yo?” (pág. 40). En este mismo soliloquio Augusto revela su sospecha de que don Fermín y su esposa le hayan hecho desempeñar el papel de simple en su supuestamente triunfal visita a la casa: “Y otras veces he fantaseado que no me veían como me veía yo, y que mientras yo creía ir formalmente, con toda compostura, estaba, sin saberlo, haciendo el payaso, y los demás riéndose y burlándose de mí”.

Al arreglar finalmente una entrevista con Eugenia, la nerviosidad de Augusto es tal que ni tía ni tío logran reestablecer el contacto de éste con la realidad. Para romper el silencio, Augusto señala con vaguedad cómo el paso inicial de toda relación se afianza en el “verse y conocerse” (pág. 51). Punto que don Fermín discutirá con la afirmación de que el único conocimiento útil es el adquirido *post-nuptias*: “Ya me has oído, esposa mía, lo que en lenguaje bíblico significa conocer. Y, créemelo, no hay más conocimiento substancial y esencial que ése, el *conocimiento penetrante...*” (pág. 51; lo subrayado es mío). Aseveración reiterativa de la sugestión ocurrida a Augusto con anterioridad y relativa al aumento del apetito debido al amor; que éste no garantiza necesariamente al hombre la perfecta felicidad experimentada por las formas inferiores de vida animal que mueren una vez consumada la copulación, y que, por el contrario, puede producir una mayor agudez mental. Aquí Fermín habla de una relación físico-espiritual de intimidad y no sólo de una posible trivial infatuación amorosa.

Que los sentimientos de Augusto hacia Eugenia se encuentran lejos de alcanzar tal estado perceptivo, se constata en la imagen mental que de ella tiene en el instante de hacer su aparición en la sala: “Oyóse un ligero rumor, como de paloma que arranca el vuelo, un ¡ah! breve y seco, y los ojos de Eugenia, en un rostro todo frescor de vida y sobre un cuerpo que no parecía pesar sobre el suelo, dieron como una nueva y misteriosa luz espiritual a la escena” (pág. 52). La capta a través del rosado cristal del adolescente que se enfrenta por la primera vez con el objeto de su amor.

Sin embargo, Augusto no es un adolescente. Su meticulosidad, la rigidez de su rutina y la edad de su madre al morir, sugieren su madurez. La aparición de un comportamiento juvenil en un hombre de su edad es intensamente cómica por parecernos absurdo el encuentro de sólo un rasgo de vitalidad en alguien que por lo demás es todo estancamiento y rutina. Es como si por un momento lo sorprendiéramos fuera de carácter. Además de haber ya escuchado en los otros personajes opiniones sobre Eugenia y de haberla entrevistado y obtenido así una no muy favorable impresión. De ahí que la expresión "misteriosa luz espiritual" se encuentre tan alejada de nuestra mente.

Eugenia es maestra de piano, ocupación que agrada a Augusto por lo no utilitaria y por asociar un ritmo musical a su deseo de permanecer en lo profundo del *Sentimiento Oceánico*; que mujer que toca piano debe de ser maternal. Tales reflexiones nos parecen cargadas de humor porque la lógica con que son proyectadas resulta convincente sólo si tomamos en cuenta la sicología de Augusto ya que culturalmente nos resulta imposible asociar la ejecución musical con la maternidad. Y Augusto, al atribuir su personal verdad simbólica al mundo circundante, demuestra su inhabilidad para percibir la ausencia de cualquier relación intrínseca entre los objetos del mundo exterior y los de su interna realidad. Como en el paso de don Quijote, su choque con el mundo diario tiene que resultar traumático.

Decide avanzar un paso con Eugenia alabando su amor al arte. Mas ella no ama la música; por el contrario, la desprecia y aún más, la abandonaría de no necesitar del dinero que le produce y permite pagar la hipoteca que agrava a su propiedad. Augusto, pues, ha estado errado, y sin embargo, la tangibilidad de la realidad no mella su rapsodia, que para él, Eugenia es: "¡Admirable!, ¡Majestuosa!, ¡Heroica!... ¡toda una mujer!" (pág. 54); y por fuerte e independiente, razona, hará una buena madre para un ser sumiso.

Poco tiempo después Augusto principia a notar cómo desde su infatuación hacia Eugenia, toda mujer le excita. A veces encuentra que otras mujeres le parecen más atractivas que ella, lo cual le hace preguntarse si de veras tiene necesidad de ella. En los ojos de cada una ve la madre potencial que puede hacerle "¡... olvidarse de la vida y de la muerte en sus brazos! ¡Dejarse brezar en ellos como en olas de carne!" (pág. 59). Augusto comete el error de confiar sus pensamientos a Víctor, que se ríe de ellos además de intentar hacerle entender que su enamoramiento es sólo cerebral y que ha despertado finalmente en él el aguijón del placer sexual.

Habiendo observado por años la hiperracional indecisión de Augusto, Víctor comenta cómo este amor actual pudiera no ser más que idea pura, ente de ficción (pág. 62). Juicios que guían a Augusto a dudar la validez

de su enamoramiento. Si Eugenia le ha despertado a la vida, como Víctor razonablemente sugiere, su noción del amor como medio de continuación del sueño no es del todo correcta.

En tanto, Mauricio, eterno pretendiente de Eugenia, no es presentado, e impresiona, como joven don Juan expresivo y vivaz que carece de todo celo hacia el intento de Augusto de conquistar a Eugenia; y carece de él, en primer lugar por ser Augusto obviamente un "panoli", y en segundo, por considerar a Eugenia un juguete. Por eso es que aún la anima a divertirse con Augusto en vista de que ello bien puede distraer la atención y crítica de Eugenia a su condición de desocupado y a su carencia de planes matrimoniales. La figura de Mauricio llama la atención por aparecer en físico y cualidades en oposición a Augusto que, si bien ciego ante la vida, es y está ciento por ciento más consciente de su necesidad de ser protegido por el amor maternal de una mujer en tanto aquél lo ignora.

Como en las previas introducciones de Víctor Goti, doña Ermelinda y don Fermín, aunque éste último mostrado bajo una mejor luz, la entrada de Mauricio mejora considerablemente nuestra opinión de Augusto como miembro de la sociedad, que en tanto su prójimo revela una ideosincracia suma de naderías e inconsecuencias, la lucha de Augusto por el encuentro de su identidad cobra nobleza.

Al saber las circunstancias de la relación entre Eugenia y Mauricio, Augusto se da cuenta, al tiempo que la comprende, que sus intenciones están destinadas al fracaso, por lo que determina adquirir la hipoteca de su propiedad para que cualquier dinero ganado sirva a Eugenia como extra atractivo que lleve a Mauricio al matrimonio por conveniencia; racionando además, que Eugenia, movida por gratitud, le tratará maternalmente. En ambos casos su teoría resulta equivocada en vista de que ella desdeña su adquisición de la hipoteca y ríe de su necio ruego y esperanza de "bañar mi espíritu en la mirada de esos ojos, a embriagarme en el vaho de su respiración" (pág. 65).

A pesar de sus negativas, Eugenia percibe clara y correctamente el pensamiento de Augusto que pretende comprarla mediante persuasivas tácticas que resultan ridículas y sólo son "cosas que se leen en los libros" (pág. 65). El lector percibe aquí un segundo sentido no intentado por Eugenia pero que reinstata un temprano alegato de Víctor Goti: algo que hay en el lenguaje e inconciencia de Augusto que sugiere que éste es más que hombre, ente de ficción. Sin embargo, Augusto se encuentra en el clímax de su infatuación emocional sin experimentar u obtener aún una verdadera conciencia, por lo que es incapaz de dudar su propia existencia, o reconocer sus motivos ulteriores relacionados con la adquisición de la hipoteca; que en realidad se ha convencido de que su oferta es puramente altruista.

A esta altura, ruidosamente don Fermín interrumpe para vocear su

pacto teórico: "... mi anarquismo consiste en eso, en eso precisamente, en que cada uno se sacrifique por los demás, en que uno sea feliz haciendo felices a los otros, en que..." (pág. 67). Doña Ermelinda le interrumpe señalando divertidamente al abismo que existe entre la teoría y la práctica en cuanto a su marido ataño: "¡Pues bueno te pones, Fermín, cuando un día cualquiera no se te sirve la sopa sino diez minutos después de las doce!" (pág. 67). El efecto del incidente es el de dar al lector, mediante el ejemplo, idea de la inocente teoría que oculta a Augusto el verdadero motivo que le hace adquirir la deuda de Eugenia, y lo ridículo que necesariamente resulta a ésta y a doña Ermelinda su "altruismo". Como con toda propiedad observa Eugenia, la postura heroica es siempre farsa cuando está afectada por el cálculo: "—No quiero héroes. Es decir, los que procuran serlo. Cuando el heroísmo viene por sí, naturalmente, ¡bueno!; pero ¿por cálculo?" (pág. 80).

Días después, al encontrarse Augusto y Víctor en el casino, éste le comunica lo acontecido a don Eloíno Rodríguez de Albuquerque y Alvarez de Castro⁶. Este en extremo humorístico relato intercalado señala la estupidez del casorio por interés y muestra cómo amor y matrimonio no son términos necesariamente sinónimos. La moraleja del cuento es en extremo reveladora para Augusto quien tratando de obtener el amor de Eugenia mediante la adquisición de la hipoteca que pende sobre su propiedad y de la que ella se cuidara como deudora, se coloca en una posición risible tanto como expuesta a posible tragedia. La actuación de doña Sinfo al rechazar al "carcamal" don Eloíno anticipa la de Eugenia en su abandono de Augusto. Desgraciadamente, éste sólo es capaz de apreciar la parábola de Víctor como pieza de diversión por lo que obstruye el cumplimiento de la intención del narrador. Además, irónicamente, recrea una escena previa (XVI, 83) en la que Eugenia ruega a Mauricio que comparta con ella su vida y entradas; situación que difícilmente podría dar satisfactorios resultados.

Al terminar su historia, Víctor informa a Augusto el hecho de encontrarse escribiendo una novela sin plan preconcebido y en la cual los caracteres "se irán haciendo según obren y hablen..." (pág. 91). Ya que inevitablemente se objetará que libro tal no es novela, la llamará *nivola*, y, fundador del género, gozará el privilegio de establecer sus propias reglas. La descripción del proyecto literario establece de inmediato simpatía en el lector que de tiempo en tiempo se ha visto confundido por la en apariencia inesperada presentación de Unamuno. Que ahora cae en cuenta de que lo que ha venido leyendo es *nivola*, no novela, y que los caracteres, si reales, no pueden aparecer perennemente comprometidos al logro

⁶ Esta constituye una de las seis novelas interpoladas en *Niebla*. Las seis sirven como ejemplos ilustrativos a la manera de sus antecedentes en el *Quijote* y en *Guzmán de Alfarache*.

de ordenadas y específicas metas. La existencia, contrario a como es presentada en la novela realista, no es el molde en que el personaje pueda ser conformado.

A esta altura Augusto intuye, además, el reflejo de su propia condición en el bosquejo de Víctor; que también él parece encontrarse en el proceso de crear su propia existencia a medida que actúa y se expresa, por lo que señala a Víctor del peligro de creer, al escribir su libro, hallarse en control de sus personajes para terminar siendo su juguete; ideas ejes en el logro de una autoconciencia que a él mismo sorprenden. Después de abandonar a Víctor, considera las devastadoras implicaciones de su intuición: "Y esta mi vida, ¿es novela, es nivola o qué es? Todo esto que me pasa y que les pasa a los que me rodean, ¿es realidad o es ficción? ¿No es acaso todo esto un sueño de Dios o de quien sea, que se desvanecerá en cuanto El despierte, y por esto le rezamos y elevamos a El cánticos e himnos, para adormecerle, para acunar su sueño?" (pág. 93). Ninguno de los órdenes vitales y racionales preconcebidos parecen tener validez. Que un momento antes le observamos disgustado a causa de que el género gramatical del apellido de Eugenia carece de concordancia, ante lo cual se encuentra escrupulosamente seguro de las reglas gramaticales; y ahora que habla se encuentra inseguro de que lo externo sea verdadero, falso, o expresión que otro ha puesto en sus labios:

Todo es fantasía y no hay más que fantasía. El hombre en cuanto habla miente, y en cuanto se habla a sí mismo, es decir en cuanto piensa sabiendo que piensa, se miente. No hay más verdad que la vida fisiológica... No hacemos sino representar cada uno su papel. ¡Todos personas, todos caretas, todos cómicos! Nadie sufre ni goza lo que dice y expresa, y acaso cree que goza y sufre... En el fondo estamos tan tranquilos. Como yo ahora aquí, representando a solas mi comedia, hecho actor y espectador a la vez (pág. 96).

Sus propias palabras y razonamiento, las teorías de Víctor y don Fermín y las evasivas respuestas de Eugenia suenan con tal discordancia que semejan falsedades sin sentido. La sola unidad que puede percibir en su vida se encuentra en un nivel psicológico puro donde siente hambre, responde a estímulos eróticos y siente repugnancia ante la presencia de aquellos que lo burlan. En tanto se encuentra consciente de esta absurda unidad producto de estímulos caóticos experimenta una paz interna. Es sólo al intelectualizar y al desmembrarse de ella que experimenta alejamiento de los otros, tanto como de su componente irracional; en forma tal que le lleva a expresar el "no mata más que el dolor físico" (pág. 96). Lo que le ha de llevar a un atentado de allegamiento a sus preocupaciones metafísicas con un grano de sal. Dado que posee multiplicidad de Yos, racional, instintivo, social, etc., ha de gozar el espectáculo creado por

sus inconsistencias y vivir su vida de acuerdo sólo a sus necesidades fisiológicas. Esta es la razón que le hace terminar abruptamente sus meditaciones sobre la proyectada novela de Víctor con las palabras: "Pero... vamos, Orfeo, vamos a cenar. ¡Esto sí que es verdad!" (pág. 97).

A reflexión posterior Augusto reconoce que Eugenia ha sido la responsable de estos medios recién descubiertos de autointerrogación: "... yo soy yo! Sí, ¡yo soy yo! ¡Yo soy yo! Le debo a ella, a Eugenia, ¿cómo negarlo?, el que ha despertado mi facultad amorosa; pero una vez que la despertó y suscitó no necesito ya de ella; lo que sobran son mujeres" (pág. 100). Los esfuerzos hechos para atraerse sus simpatías, los rechazos recibidos, sufridos, la observación de su propia superracionalidad reflejada en las tonterías de don Fermín, el reconocimiento de su propio parasitismo en el desempeño de Mauricio, la sospecha de que la arribista doña Ermelinda se ríe de él. Todo ha servido, coadyuvado a esclarecer la falsedad de su previa existencia. El amor le trae conciencia de sí, no ceguera, y a pesar de sus iniciales teorías siente tal excitación con sus descubrimientos que repite un chiste a propósito que Víctor le ha relatado. Chiste no muy bueno pero que de todos modos le hace reír⁷. Se desprende de su pasado para contemplarle con divertido interés. Su risa, sin embargo, es autoengaño y preludio de la angustia. No bien se ha convencido del "yo soy yo", y de que será capaz de afirmarse en ello, cuando Eugenia, al reincidir en tratarle como juguete y destruir su confianza, le hace invertir su punto de vista y evaluación: "eres tú que haces que yo no sea yo..." (pág. 104), hasta el extremo de causarle una regresión que le hace encontrar en Rosario, su lavandera, la imagen materna, sospechando que su reciente realidad del absurdo no es más que la máscara cruel de la nada. Su misma vieja manía de la introspección reaparece junto la parálisis de la voluntad: "Acabo de dudar de mi propia existencia e imaginarme, viéndome como otro, que soy un sueño, un ente de ficción" (pág. 114).

La crueldad de Eugenia hacia Augusto y las reversiones que ocasionan en su búsqueda de identidad refuerzan de inmediato nuestra simpatía para Augusto. Su casi sadística actitud tiende a cancelar nuestros previos "peros" sobre las intenciones de "compra" que hacia ella mostrara Augusto. Los paralelos ejemplos de rampante egoísmo nos revelan que ningún personaje merece crítica, ya que ambos obedecen sencillamente a poderosos instintos que no pueden ser reprimidos; que Augusto *tiene* que hacerse de una mujer maternal y Eugenia que atrapar a un hombre capaz

⁷ "Al llegar a esto no pudo por menos que sonreírse, y es que se acordó de aquella frase de Víctor cuando anunciándoles Gervasio, recién casado, que se iba con su mujer a pasar una temporadita en París, le dijo: '¿A París y con mujer? ¡Eso es como ir con un bacalao a Escocia!' Lo que le hizo mucha gracia a Augusto" (pág. 100).

de dominarla, aparentemente, mas en esencia necesitado de cuidados maternales.

Habiendo parcialmente reentrado en su niebla de distracción, Augusto se ve abordado por un pordiosero que al valerse del socorrido pretexto de “hijos que alimentar” para “ablandar” al viandante le hace reaccionar con desacostumbrado cinismo, lo que hace al limosnero responder en forma análoga el puntajo, lo que, si bien agrada al humor de Augusto, no resulta totalmente comprendido: “Ya quisiera yo haberle visto a usted en mi caso —replicó el mendigo, añadiendo—: y ¿qué quiere usted que hagamos los pobres si no hacemos hijos... para los ricos?”, en que se implica que el pobre produce los hijos que los ricos, por evitar inconveniencias, suprimen. Hijos de pobre que después hacen su vida desempeñando el trabajo de los ricos⁸. Augusto le extiende una peseta que es gastada sin dilación en la taberna próxima.

El incidente nos mueve a experimentar sentimientos tragicómicos que son, en realidad, la combinación del punto de vista de Augusto y el que la sociedad tiene de él. Desde nuestro privilegiado mirador —a esta altura de la novela a salvo aún del drama— simultáneamente experimentamos el gozo del público en el bufón, Augusto, y la miseria de éste de mantenerse sufriente e incógnito tras la máscara.

En un esfuerzo de aislarse de los problemas amorosos de la atmósfera social, Augusto decide despersonalizar sus experiencias en un estudio de la sicología femenina: coleccionará material para dos monografías, una por titularse *Eugenia*, la otra *Rosario: estudio de mujer*. Para obtener orientación profesional decide consultar a “Antolín S. —o sea Sánchez— Paparrigópulos, que por entonces se dedicaba a estudios de mujeres, aunque más en los libros que en la vida” (pág. 116). Su único y autoimpuesto mandato vital es el del redescubrimiento de los “días de gloria” del pasado español, “dilucidando sus más ignoradas glorias” (pág. 116). Paparrigópulos se revela ser un hombre cómicamente distraído como consecuencia de una hiperactividad investigativa. Temeroso de entrarse al agresivo orbe de la interacción social, se ha refugiado en el inanimado mundo de la reflexión pura, llevando su proceso de clasificación a tal extremo que llega a perder certidumbre de su posición respecto a las materias que investiga. Por esta razón ni ha podido publicar nada, ni el que los prospectos de sus investigaciones lleguen a serlo nos parece propicio; ahora que todo ello es la misma esencia existencial del erudito. Su impracticabilidad en el mundo social resulta evidente cuando Augusto aventura su primera pregunta: “¿Qué opina usted de la psicología femenina?” (pág. 121) que es respondida evasivamente: “—Una pregunta así tan vaga, tan genérica, tan en abstracto, no tiene sentido preciso para

⁸ El temprano marxismo de Unamuno parece encontrar eco en este pasaje.

un modesto investigador como yo, amigo Pérez..." (pág. 121). Con todo y su coleccionado, investigado, anotado y estructurado material y sus teorías sobre el asunto, se encuentra en la impotencia de sintetizar una sola idea vital sobre el tema. Se observa además la terriblemente infeliz vida llevada por Paparrigópulos en su miedo constante de que otro erudito plagie y se adelante en la publicación de sus ideas. Tanto es el pesar que se siente impelido a desahogarse con Augusto, invirtiendo así la inicial posición que de consejero y aconsejado tuvieron por principio.

Aunque la dimensión caricaturesca de Paparrigópulos es la predominante, tiene al propio tiempo su faceta agonista que como personaje puede observarse sólo después de reconocer el origen de la intención que culminara en una dada acción ridícula. Tómese, por ejemplo, el deseo de revivir el escondido pasado del pueblo (pág. 118), o el aborrecimiento del cosmopolitismo (pág. 117), procedentes ambos de un angustiado sentido de alejamiento después de constatar la amenaza a la continuidad de la modalidad intrahistórica. Si la constante búsqueda de inmortalidad emprendida por el pueblo que se ve halado por las novedades del hoy y el aquí, la tradición, tanto oral como escrita, cesará de existir; por lo que él, Paparrigópulos y su escrito legado histórico, será enterrado en el olvido en vez de unir su vida con el pasado y el porvenir generacional. Su problema estriba en que distorciona síntomas de alejamiento y los torna fetiches personales creyendo inocentemente que sus cobardes esfuerzos han de detener, revertir o cambiar el curso seguido por el gusto del público. Otro ejemplo sería su convicción de que las serias cuestiones sociales parecen carecer de respuesta en vista de que el hombre a través de su existencia no ha logrado resolverlas nunca. Creencia tal, lejos de ridícula, revela la aguda habilidad de Paparrigópulos en descifrar, comprender, los más amplios signos históricos que no logran por ello animar al hombre en su búsqueda de la clave a la completa igualdad social. Tampoco es de reír su firme creencia de que el sufrimiento del hombre demanda un desafoque ocasional, un escape de la monotonía gris y deshumanizada realidad a través del arte.

Cómico es su aislamiento en la falsa torre de marfil del arte por el estudio del arte. No sólo falla en lograr la compensación de un más trascendente punto de vista sino que además su intento de alcanzar la comunión con un pueblo que rápidamente va perdiendo su tradición resulta totalmente ineficaz. Esta es su central preocupación. Su costumbre de "editar" conceptos de previos comentarios y obras de arte tampoco resulta totalmente humorístico, que aunque un tanto plaguario, debe de reconocerse el que el arte hace siempre uso de previas aportaciones. Cada reordenamiento produce una significativamente alterada experiencia artística. El narrador siente esto con tal fuerza y convicción que entromete sin mayor cuidado su comentario: "como si el de cocinar no fuese arte

supremo" (pág. 120). Lo más negativo que puede decirse de los esfuerzos de Paparrigópulos es que ellos demuestran la disipación del impulso creativo. Mas significativamente ellos son los reveladores de un hombre agonizante hondamente preocupado con la inevitable devastación que sobre los logros humanos impone el tiempo. Específicamente descubren la personal preocupación del hombre por su inmortalidad. Esfuerzos que no pueden ser más que desesperados tanteos de Paparrigópulos por corregir "la injusticia de los tiempos, injusticia que tanto deploraba y aun temía" ante la huida del tiempo (pág. 119). Enfrentado a las implacables fuerzas del destino, deviene profunda figura trágica de dimensiones arquetípicas. En Paparrigópulos nos vemos buscando migajas de eternidad en forma tan desesperada que nuestros erráticos esfuerzos inspiran hilaridad en el incomprensivo mundo social, burla que al grotescamente señalarnos nuestra total soledad nos hace, como a Paparrigópulos, lanzar golpes en ciega actitud de autodefensa.

La larga interpolación de Paparrigópulos influye el punto de vista del lector con respecto a Augusto en dos maneras: 1) el erudito refleja el aún inconsciente deseo de inmortalidad de Augusto, permitiendo al lector ver con precisión la motivación que actúa como eje de su preocupación por el *yo*. 2) los tragicómicos actos del pedante aumentan a la creciente impresión del lector de que la aparentemente anormal actuación de Augusto no es más que magnificación artística de un hombre normal desempeñándose en el meridiano de las incertidumbres de la vida. Es decir: principiamos a colegir que parte de nuestro inicial movimiento de rechazo de Augusto como "panoli", no era sino el intento de evitar la dramatización de nuestras propias flaquezas.

Augusto, que ha permanecido indiferente ante la incompetencia de Paparrigópulos, abandona la casa del erudito inspirado y determinado a proceder con sus experimentos en sicología femenina. Simulará pretender por segunda vez la mano de Eugenia para observar sus reacciones.

Antes de llevar a efecto su plan y al verse visitado por Rosario decide ejecutar en ella el experimento en tanto tiene la oportunidad de aplicarlo a Eugenia en su debido tiempo. A su sugerencia de sentarse en sus piernas Rosario responde como si tal hubiese estado esperando, lo que confunde a Augusto a tal extremo que ignora el punto en que debe iniciar su experimento. Su desorientación destruye de inmediato la imagen que momentáneamente nos habíamos forjado de un científico que cuidadosamente preparara en detalle su campo de experimentación. Cómicamente, para nuestro punto de vista, Augusto carece por completo del control que la situación demanda y su acción se nos antoja producto de una debilidad momentánea y de razones ajenas a todo científicismo. Cuando el raciocinio le falla son sus pasiones las que asumen control: le encontramos cubriendo materialmente de besos a Rosario, por lo que grandemente

humorístico resulta el débil intento posterior de entrar en razón: "Me parece que voy a perder la sangre fría necesaria para la investigación psicológica" (pág. 125). Rosario toma inmediatamente las riendas de la situación al imponerse a la transparente resistencia de Augusto. El resultado es la inversión de posición de los protagonistas: "Ahora soy yo el experimentado; esta mozuela está haciendo estudios de psicología masculina" (pág. 126), en que, de repente, la expresión "experimentado", además de acuñarse en una segunda acepción significativa, se desempeña primariamente como núcleo de una ironía ligera —el inexperto autodenominándose experimentado— que refuerza el humor en lo general y en lo particular. Al partir Rosario, Augusto siente una vez más la certidumbre de haberse comportado como inexperto y risible individuo: "Me desprecia, indudablemente, me desprecia; he estado ridículo, ridículo, ridículo..." (pág. 127). Para después, al atravesar calles, proyectar esta evaluación en aquellos que cruzan su camino, que está cínicamente convencido de que su indiferencia para con él es la máscara que cubre sus verdaderos sentimientos de piedad o de risa.

Para recobrar la perdida serenidad Augusto decide visitar a Víctor Goti y "acariciar al tardío hijo de éste, a recrearse en la contemplación de la nueva felicidad de aquel hogar..." (pág. 128). Visita en la que tiene ocasión de escuchar la lectura de varios pasajes de la *nivola* en que Víctor trabaja y que Augusto encuentra perturbadoramente pornográficos y cínicos, lo que da a ambos pie de discusión del fenómeno del humor. Víctor demuestra una preferencia por el humor crudo que sirve para "excitar la imaginación para conducirla a un examen más penetrante de la realidad de las cosas" (pág. 128). La risa por la risa, por otra parte, le hace sentir temor ya que usualmente ella no "es sino la preparación para la tragedia" (pág. 129). Y siendo Augusto un "distráido" en búsqueda de distracción, este grotesco y pedagógico humor empleado por Víctor en su *nivola* le resulta odioso. Como al lector, le parece a Augusto que la *nivola* de Víctor sigue un vago bosquejo de los sucesivos estados emocionales que como espada de Damocles, pende sobre su cabeza. Convencido de que Rosario y las masas anónimas se burlan de su reciente aventurarse en lo social, no puede de momento confrontar la propia responsabilidad implícita en el fracaso de su aventura. Aun cuando Víctor concede a su sentido del humor cualidades curativas, masoquísticamente Augusto goza su fracaso y repele la curación. Concluyendo que personalmente no puede ayudar a su amigo, Víctor ruega a Augusto que se case inmediatamente si realmente quiere conocer qué es una mujer: "—La única experiencia psicológica sobre la mujer es el matrimonio... El único laboratorio de psicología femenina o de gine-psicología es el matrimonio" (pág. 129). Que las especulaciones teóricas de Augusto y Paparrigópulos son todo menos

sicología, son “no más que metafísica, es decir, más allá de la física, más allá de lo natural” (pág. 130).

Resignado al fracaso, Augusto se dirige al domicilio de Eugenia para encontrarse con que es aceptado por ella como novio, aceptación sugerida por Mauricio como táctica (págs. 85-86), y sin sospechar que se lleve a efecto. Eugenia, que desechara la sugerencia de Mauricio de fingir amor para llegar al capital de Augusto, acepta a éste ahora para forzar a aquél, mediante los celos, a la proposición matrimonial. Está segura del amor de Augusto porque ha observado su desliz con la lavandera Rosario. El está, por lo tanto predispuesto a ser fácil víctima de la más leve amabilidad de ella. Al saber que Eugenia ha aceptado a Augusto, Mauricio inicia un desesperado cortejo a Rosario. Eugenia, sin embargo, ve en esta acción un síntoma de la falta que le hace a Mauricio. Como Augusto, Mauricio se encuentra desplazando su amor de una a otra mujer, la segunda siendo menos exigente. Eugenia tiene la certeza de poseer el amor de Mauricio y que por lo tanto éste pronto abandonará a Rosario para responder al reto que Augusto representa. Mauricio, que es “todo un hombre”, así como una deliberada parodia de don Juan Tenorio, es consecuentemente visto no como conquistador sino como conquistado. El sentido de ironía universalista concluido ante la revelación del verdadero papel que Mauricio desempeña estriba en que el hombre más viril es en realidad el más fácil y susceptible de controlar de parte de una mujer, en vista de que se mantendrá fielmente atado a sus instintos.

Días antes de la planeada boda de Eugenia y Augusto, Mauricio aparece, e instantáneamente Eugenia huye con él. El golpe resquebraja las apenas nacientes esperanzas de Augusto de alcanzar a través del matrimonio, con una mujer refinada y fuerte, equilibrio y aceptación social. En vez de construirlo, Eugenia aparentemente le ha guiado a la destrucción, a la nada. Se pincha el cuerpo en actitud grotesca en busca de la convicción de su existencia. No es el amor lo que le hiere sino la idea de haber sido objeto de una burla colosal en la que todos, Eugenia, Mauricio, Rosario, doña Ermelinda y don Fermín, han participado: “¡es la burla, la burla, la burla!... han querido demostrarme... ¿qué soy yo?... que no existo” (pág. 143). La profecía de Víctor se ha cumplido: la risa no ha sido sino preludeo de la tragedia.

La respuesta de Víctor a la humillación de Augusto brota como consejo de la necesidad de desdoblarse, de sustraerse de sí para reír junto a los otros, que burlándose de sí mismo purgará la pena hasta encontrar que en el absurdo de esta vida las cuestiones de honor y las especulaciones metafísicas no deben tomarse en serio; que debe aceptar la perfidia de la vida y no caer en la inútil venganza de ahondar en el espíritu de lo justo y lo injusto en vista de que el concepto de la injusticia descansa sólo en la propia interioridad:

Quisiste hacerla rana, te ha hecho rana; acéptalo, pues, y sé para ti mismo rana... ¡Devórate! El que devora, goza, pero no se harta de recordar el acabamiento de sus goces y se hace pesimista; el que es devorado sufre, y no se harta de esperar la liberación de sus penas y se hace pesimista. Devórate a ti mismo, y como el placer de devorarte se confundirá y neutralizará con el dolor de ser devorado, llegarás a la perfecta ecuanimidad de espíritu, a la ataraxia; no serás sino un mero espectáculo para ti mismo (pág. 144).

Mas Augusto no se encuentra todavía preparado para aceptarse como burla o como cruenta charada. Por el contrario, quiere escapar a la insoportable humillación de ser ridiculizado, por lo que decide el suicidio como solución, aunque antes ha de discutir el asunto con Miguel de Unamuno en Salamanca ya que éste ha escrito un ensayo sobre la materia. Unamuno sonríe enigmáticamente e informa a Augusto de su imposibilidad de suicidarse quien carece de existencia, quien es mero ente de ficción controlado y movido mecánicamente por Unamuno mismo al correr de su pluma.

Es en este instante en el que Augusto cobra una auténtica conciencia agonista ante la incapacidad de concebirse como inexistente. Toda previa duda metafísica así como toda ridícula prueba cartesiana de Víctor no son sino irrelevancias. En vez de proveerlo con algo sólido de que asirse, la ingeniosidad de sus insubstancialidades lingüísticas casi le provocan a la risa. Cara a cara con la acusación, la noción de no existencia deviene cómicamente absurda. Se suicidará, no importa lo que diga Unamuno de su necia imprudencia. Ha leído la *Vida de Don Quijote y Sancho* que éste escribiera y sabe que el mismo don Miguel admite que frecuentemente los personajes adquieren independencia del autor. Que si Unamuno quiere jugar a Dios y cesar de concebirle como creación de su fantasía, él bien puede señalar cómo Unamuno mismo no es sino sueño de Dios, y un día Dios dejará de soñarle. Si don Miguel lleva a la práctica su amenaza de matarle en cuanto llegue a casa, cesará simultáneamente de existir en la mente de él, Augusto; que todos, Dios incluso, existimos sólo en tanto vivimos en otros. Y ya que estas expansiones lógicas unamunianas están en conflicto con la propia intuición del personaje de que existe independiente de otras mentes, no puede escapar por entero de la duda. Y a pesar de la duda, escoge existir: "—Es que quiero vivir, don Miguel, quiero vivir, quiero vivir" (pág. 153). Aun cuando resulta absurdo el pensar que puede cometer suicidio, tiene que seguir adelante como si pudiese hacerlo, que sólo comprometiéndose a una absurda posibilidad encontrará la fuerza para imponer su autenticidad. Sólo en el absurdo, personajes, lector o Dios encuentran solaz en el caos que les absorbe y rodea como una niebla.

Agonizante, Augusto regresa a casa en la incertidumbre constante de

un existir que bien puede fenecer en cualquier momento. Ya en casa, come vorazmente con hambre de existencia, que, si como Unamuno mantiene, no existe, ¿de dónde esta necesidad de alimento? Comer hasta el morir será la más grotesca y sublime manera de proveer su existencia, que el comer es la base misma de la síntesis del vivir. Por ello continúa comiendo hasta la enfermedad que hace a su ama de casa llamar al cura. Su acción le lleva al gozo de declarar su inmortalidad al tiempo que parodia la desesperada gimnástica mental de Descartes: *Edo, ergo sum* (Como, luego soy) antes de morir. Es esto la causa de que Liduvina, su ama de llaves, declare que su amo se ha suicidado, en tanto que Unamuno insiste en que simplemente se deshizo de Augusto en su nivola, y el médico, así como nosotros lectores, declaramos que el dilema de la existencia de Augusto es, racionalmente hablando, sin solución. Aun más: la insistencia de Domingo de atribuir su muerte a la glotonería, "... ha sido un asiento. Cenó horriblemente..." (pág. 159), la opinión de Liduvina de que su muerte fue conscientemente planeada, "Pues... yo creo que ha sido de la cabeza" (pág. 159), suman y sintetizan juguetonamente la posición de Platón con respecto al alma en su *República*; es decir, que el alma consiste de elementos racionales, espirituales y pasionales en equilibrio en una mente sana. Como en Platón, los intentos de análisis no llegan a ninguna parte. La última palabra sobre el asunto es la de Orfeo, el can, contenida en la "Oración fúnebre por modo de epílogo" que da cierre a la novela. Para Orfeo, la muerte de Augusto, su Dios, es un absurdo. Que nunca ha cruzado su mente la idea de que el amo pueda morir, o deba morir, que ha estado a su lado desde el instante mismo de su nacimiento, y tratado mal en manera análoga a la de Dios hacia el hombre; y paradójicamente como Dios con respecto al hombre, Orfeo ha pensado que su amo era un estúpido e incomprensible animal que ladraba. En esta forma, a la vez hombre y Dios, Orfeo no puede existir sin Augusto, y muere. Muere ambiguamente, como un hombre cuyo Dios ha cesado de soñarlo, o como un Dios cuya creación ha interrumpido su propio sueño. Aquí termina la novela dejando al lector concluir que nadie puede garantizar cosa alguna acerca de la existencia, la eternidad o la divinidad. Si en esta vida, en su vida, el hombre necesita de ellas, sólo puede poseerlas mediante la fe, y ésta, como póstuma burla de Augusto a Unamuno, es un absurdo.

THOMAS R. FRANZ

Department of Modern Languages
Ohio University
Athens, Ohio 45701